

# MITTERRAND, ESPAÑA, NIXON

LA posibilidad de que Mitterrand llegue a ser Presidente de la República Francesa, el 5 o el 19 de mayo, está dando origen a numerosas especulaciones acerca de los posibles cambios que podrían producirse, en esa eventualidad, en las relaciones entre Francia y España. Sobre todo, porque la Presidencia de Pompidou resultó en conjunto bastante favorable en el sentido de la profundización de relaciones y porque las alianzas políticas que sostienen a Mitterrand, y que llegan en la izquierda hasta el partido comunista, pueden hacer suponer que adoptaría una postura contraria. Suposición que hacen más frecuentemente las personas adictas a una derecha o a una extrema derecha de patrones antiguos y poca fe en la movilidad del mundo exterior, y que conservan una imagen ogresca del partido comunista francés, que las de una izquierda más conocedora de la verdadera identidad de Mitterrand y de las posibilidades de su alianza.

Si Mitterrand gana las elecciones presidenciales va a ser por un margen de votos muy escaso. Se encontraría no sólo con una gran masa de población adversa, sino también con una Asamblea Nacional que conservaría la hasta ahora abundante mayoría de la derecha, hasta que tuviese ocasión de disolverla y convocar nuevas elecciones, y habría que suponer que en esas elecciones su mayoría no sería muy abundante. Es decir, se encontraría más o menos en la posición del laborista Wilson en Gran Bretaña o en la de Willy Brandt en Alemania Federal durante los primeros tiempos de su gobierno. Hay más detalles que añadir. Las instituciones en Francia, después de dieciséis años de gobiernos conservadores, son conservadoras en sí, incluyendo el Ejército, la Policía, el Consejo de Estado, los prefectos, el Senado. Y la maquinaria de la economía. Por otra parte, un Presidente no es el representante de un partido o de una alianza electoral, aunque ésta le eleve al poder, sino una figura teóricamente por encima de los partidos

—como una consecuencia de la constitución presidencialista del general De Gaulle—, y Mitterrand tiene más que suficiente evaluación de sí mismo como para querer llenar por completo ese papel. Añadamos que el partido socialista es enormemente desconfiado con respecto al comunista, y que el comunista en Francia es notablemente moderado, sobre todo después que apagó con su mejor agua los fuegos de mayo de 1968 y que la coalición en ningún caso quiere dar una imagen que asuste. La situación en que Mitterrand llegaría al poder sería bastante parecida a la de Allende en Chile, pero después de la lección de Allende: es decir, con una cautela mucho mayor y sin la crispación y la obligación de cubrir inmediatamente necesidades populares que tenía Allende.

El programa de política exterior que Mitterrand y sus sostenedores electorales han dibujado hasta ahora es bastante moderado. No implicaría, por ejemplo, el cese de la fabricación y experimentación de las armas nucleares, que defiende la mayoría del Ejército francés, pero comenzaría a participar en las largas negociaciones internacionales de desarme (como se sabe, Francia tiene su puesto en ellas, pero jamás lo ha ocupado hasta ahora). La relativa pasividad que Pompidou llevaba con respecto a la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa sería sustituida por una mayor actividad, pero dentro de los límites europeos. El programa respecto a la construcción de Europa estaría dentro de «la independencia de cada uno dentro de la solidaridad de todos», lo cual es muy parecido a la fórmula De Gaulle. Pero podría hacer hincapié en la creación de las instituciones europeas de una manera bastante peculiar. Trataría de que el Parlamento de Estrasburgo tuviera mayor papel en la dirección política de la comunidad por medio de los partidos, por la elección de diputados europeos en votaciones conjuntas en todos los países, y que el gobierno europeo fuese responsable ante

Un Mitterrand triunfante trataría, entre otras cosas, de que los sindicatos tuviesen un alcance europeo y sirviesen de contrapeso a las multinacionales. Sólo en este sentido, y no en el de la política francesa, podría constituir su presencia en el Eliseo un obstáculo para el ingreso de España en el Mercado Común. (En la foto, Mitterrand contesta a Chaban-Delmas —de espaldas— en un reciente debate radiofónico.)



ese parlamento. Trataría también de que los sindicatos tuviesen un alcance europeo y sirviesen de contrapeso a las empresas multinacionales; es decir, que el Mercado Común estuviese menos elaborado en torno a los intereses capitalistas que en torno a los de los trabajadores.

**E**N este sentido, y no en el propio de la política francesa, sí podría Mitterrand ser un obstáculo para el ingreso de España en el Mercado Común, en la Comunidad, puesto que su sistema institucional no encajaría con el general. Tendría que admitir España la existencia de partidos políticos en todo su abanico y que separar en su sistema genuino de sindicatos la parte obrera de la parte empresarial. Siempre en el caso de que esta Europa parlamentaria y de democracia indirecta fuese adoptada por la Comunidad.

**L**A forma de ver a Mitterrand como un impulsor de la izquierda en Europa parece, sin embargo, un error de óptica. Si Mitterrand resultase elegido, lo cual, repitamos, es posible pero no probable aún, sería en consecuencia de un desplazamiento general de las estructuras del mundo hacia una izquierda moderada, por un desgaste general de las ideologías de la derecha. La derecha se ha desgastado notablemente en los años de la guerra fría. Ha sido el caballo de batalla; de una batalla que no ha perdido, puesto que suponía la inminencia del peligro de una invasión soviética, y tal invasión no se ha producido; pero que, desde luego, no ha ganado porque no ha hecho desaparecer el sistema soviético del mapa ni los partidos comunistas de sus países. Se presentó esa derecha al final de la guerra como capaz de eliminar los problemas de clases, y no lo ha conseguido. En esta última actualidad se ha manifestado, por el contrario, cómo sus mecanismos siguen favoreciendo a unas clases determinadas: ante los problemas de escasez y de inflación, las medidas adoptadas y la dinámica de la situación resultan más favorables a las minorías poseyentes que al mundo del trabajo. En Gran Bretaña se manifestó la contradicción en una forma de huelga tan violenta que derribó al gobierno conservador. En Francia podría terminar en esta supuesta victoria de Mitterrand, pero, si no fuese así, la victoria de la derecha sería tan precaria que no podría dejar de tener en cuenta la fisonomía electoral del país. Ocurriría en este caso de Mitterrand triunfador que toda la Europa de la Comunidad y algunos países de fuera de ella —Austria, Noruega, Finlandia...— tendría gobiernos socialistas, con las reservas de cómo se resuelva la crisis de Bélgica o de las variaciones políticas que pueda sufrir Italia tras el referéndum sobre el divorcio del 12 de mayo. Es, repitamos, en este sentido general en el que España podría encontrarse con disimilaridades. Con respecto particularmente a una Francia de Mitterrand, podría ocurrir que ese país, al volcarse más hacia la Comunidad y con menos reservas hacia sus compañeros, necesitase menos de contactos con otros o de soluciones de recambio. Pero el ideal militar de una estrategia mediterránea no cambiaría, y sería muy difícil que Mitterrand tuviese fuerza para cambiarlo. Parece que muchas instituciones conservadoras francesas preferirían tener un vecino afín.

**A**LGO con lo que hay que contar muy claramente en todo esto es con los Estados Unidos. Los recientes movimientos de Nixon con respecto a Europa y los buenos resultados —desde su punto de vista— obtenidos muestran que sea cual sea su morfología política, Europa no puede tener por ahora una política independiente de los Estados Unidos. Dominan la situación política, económica y militar. Es precisamente este punto el que merece mayor atención, mucho mayor que la del eventual triunfo de Mitterrand. El camino de Nixon hacia el «impeachment» o hacia una dimisión es indudablemente lento, pero cada día está más próximo al hundimiento. Prácticamente, su posición es insostenible. Y conviene saber que la ofensiva contra Nixon no lo es tanto contra un hombre, sino también contra una forma de gobernar y a favor de un saldo del autoritarismo de la guerra fría. Lo que está sucediendo en los Estados Unidos es una revalorización de los elementos básicos de una democracia perdida: la opinión libremente expresada y la información sin límites, la representación electoral de la nación, la independencia del poder judicial. Es decir, la prensa, que denunció a Nixon; el Congreso, que examina su conducta y se apresta a juzgarlo; los tribunales, que han ido examinando los delitos de algunos miembros de su círculo, hasta los del Vicepresidente Agnew, y está estudiando los supuestos delitos de Nixon. Si una evicción de Nixon no supusiera solamente la caída de un personaje, sino el de un sistema autocrático y su sustitución por la auténtica separación de poderes —y eso se vería inmediatamente por el comportamiento del Vicepresidente Ford y en 1976 por la fisonomía del Presidente que se eligiese—, la variación en todos los estilos de gobierno sería, probablemente, notable. Mucho más que lo que podría suponer ahora la elección de Mitterrand, a la que habría que considerar sobre todo como síntoma, como índice de un amplio cambio de mentalidad en las poblaciones, que como fautora de nuevas formas de gobierno en Europa o de variaciones internacionales demasiado sensibles.



Giscard d'Estaing ha ganado puntos en los últimos sondeos de la opinión, y, adelantándose a Chaban, ha quedado en segundo lugar, detrás del socialista Mitterrand, en la lista de favoritos para la primera vuelta de las elecciones.

## FRANCIA

# Giscard como baluarte de la derecha

Los últimos sondeos de la opinión pública en Francia ante las elecciones presidenciales coinciden en suponer que François Mitterrand será el más favorecido en el primer turno: se le atribuye, según las fuentes, entre un 43 y un 45 por 100 de los votos. En cambio, Chaban-Delmas ha perdido puntos, y ahora aparece como el tercero posible, mientras Giscard d'Estaing ocupa el segundo lugar, con el 25 por 100 —más o menos, según también las fuentes— de los votos. Se dice que este cambio de posiciones obedece a la fuerza de la candidatura de Jean Royer, que, sin posibilidades propias, resta más votos a Chaban que a Giscard. Pero se ha producido un hecho que, sin duda, es importante: la oficina de Renseignements Généraux de la Dirección de la Seguridad Nacional —la Policía— ha explicado que el candidato con más posibilidades de vencer a Mitterrand es Giscard. La Policía francesa hace habitualmente, antes de todas las elecciones, unos sondeos, unas averiguaciones propias. Sus resultados son secretos. Su informe se comunica al ministro del Interior, y éste, al Gobierno y al Presidente de la República. Sin embargo, en este caso se

ha hecho público. Apareció el domingo 21 de abril, en "Le Journal du Dimanche", y el informe explica que en el segundo turno, si se enfrentan Mitterrand y Chaban, puede ganar aquél por más del 50 por 100 de los votos, y ser proclamado, por lo tanto, Presidente de la República; pero que si el duelo es entre Giscard y Mitterrand, las probabilidades actuales son las de una igualdad de votos, y las variaciones que puedan producirse de aquí a entonces podrían favorecer a Giscard.

Se ha hablado muchas veces de que las auscultaciones de la opinión pública en vísperas electorales, en cualquier país, pueden llegar a sobrepasar su carácter de informe para influir en la formación de opinión del electorado, y, por tanto, en el resultado final. Si estos informes proceden de la Policía y se refieren a unas elecciones en las que, por aparecer el partido comunista como aliado de uno de los candidatos, muchos votantes las consideran como un tema de seguridad nacional, su peso en el resultado final puede ser muy importante. Giscard, en este caso, puede resultar beneficiado.

Giscard está llevando una campaña fría y serena, bastante se-